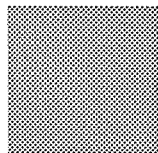


Un mundo sin fronteras



JOSÉ A. REY DEL CORRAL

*No sé mucho de dioses; pero creo que el río es un fuerte
dios pardo - adusto, indómito, intratable,
paciente hasta cierto punto, reconocido al principio como
frontera...*

T.S. Elliot

Al principio era el paisaje hasta que apareció un tal K que más tarde sería llevado a la Literatura por el patético judío de Praga. Sucede que dicho K, cumpliendo verticales órdenes, loteó el paisaje, y es así como aparecieron parcelas y predios, punteados por líneas imaginarias que venían a coincidir, sospechosamente, con ese otro reparto de la Geografía en áreas de rapiña. La Geografía, una vez admitido el uso de la Geometría sobre su piel irregular, dejó de ser natural y se convirtió en mapa político. Severas conminaciones dividieron las aguas. La Antropología se partió en pedazos y hubo un proceso de concentración parcelaria que significó la desposesión de muchos bajo el mandato de unos pocos.

Se habían inaugurado las fronteras, las cuestiones limítrofes, que solían llevar a cabo las comisiones pertinentes y que tenían lugar durante un entreacto entre dos agresiones y al abrigo de casamatas fuertemente custodiadas. Su ejecución consistía no sólo en poner aranceles sobre las mercancías transportadas por largas caravanas que venían de la distancia, sino también en izar gallardetes sobre las conciencias pre-uniformadas que, así, quedaban en condiciones ideológicas, teológicas, dinásticas, para

pulirse a las conciencias de ese otro lado de la línea imaginaria, recíprocamente arrojándose los respectivos símbolos símbolos, o bien símbolos no tan simbólicos como decir franjas de colores o notas de pentagrama, pero tan reales como una piedra, un obús, un misil o, simplemente, un símil odioso. En todo caso, un símbolo era siempre un chirimbolo con el que golpear sañudamente la heterogeneidad, la diferencia. Un símbolo podía ser un mortero con el que majar las propias dudas al respecto.

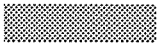
No dejaría de ser una intolerable simplificación el ignorar que en tiempos de la Geografía Natural no existieran los territorios, como lo demuestra la existencia de tribus que llevaban una vida sensual tácitamente consensuada y, en la práctica, protegida de toda extinción, aunque también se practicara alguna forma de antipatía. La extinción sólo adquiriría el rango de abominable y caníbal cuando fue incoada en documentos –para entonces ya había nacido la diplomacia secreta–, que así separaban miembros y membranas, impidiendo el llanto cosmopolita de los recién nacidos. Fue preciso que los grandes linajes –un linaje es un lujo innecesario– hubieran establecido para ese entonces una radical separación entre ellos mismos y la mayoría de los miembros y membranas de cada tribu, lo que más tarde serían las masas amasando el pan de la historia. Los linajes, siguiendo un proceso de concentración parcelaria –hacia adentro, campo de concentración, unidad de mercado; hacia afuera, campo de Marte, conquista de nuevos mercados– inventaron un instrumento filoso llamado jurisdicción, cuyo objetivo central no era otro que el de convertir las fronteras en una cuestión de límites eternamente mal definida y periódicamente revisada –lo que sucedía cuando el mercado interior se quedaba pequeño– y que obligaba a revisar las llamadas franjas de seguridad en sus bordes mercantiles. Todas las querellas surgían, así, por los bordes. A todo esto, las burocracias irredentas elaboraban teorías expansivas, justificándolas con irrefutables argumentos sagrados. En el interior de cada jurisdicción quedaba parapetado un vago cuerpo místico, detrás de líneas de baterías erizadas de actos heroicos que eran descritos en los libros de texto, cantados por los poetas nacionales en las distintas lenguas vernáculas.

La relativa estabilidad de los accidentes geográficos de la vieja Geografía Natural –hasta bien entrado el Mioceno– se convirtió en tierra movediza con motivo de la concentración parcelaria política, lo que, andando el tiempo, dio lugar a los Imperios. Un Imperio –

y no se puede hacer ninguna distinción tajante entre el Imperio del Bien y el Imperio del Mal— está, por definición, lleno de designios imperiales, lo que obliga a engullir grandes trechos y también a una descomunal división del trabajo y de la renta per cápita, cuyo cololario inevitable es que las tribus de mediano tamaño vean desaparecer sus queridas fronteras —jubilación no querida de los cuerpos de aduanas—, pero que, paradójicamente, multiplican las tensiones fronterizas y hace que las líneas imaginarias se tornen arduas (ver Línea Sigfrido, Línea Maginot, Línea de la Concepción, etc.). La cada vez mayor cuantía de los Imperios terminó por configurar los Bloques. Los Bloques son dos y el bloqueo, recíproco, consolidado a lo largo de esa frontera única, sísmica y acorazada, barrida por haces de luz fría que escrutan los cielos adversos. Las fronteras son ya La Frontera, un delicado concepto, un persistente encono, un tratado de no proliferación de... *fronteras*, una comparecencia olímpica cada cuatro años, curiosamente desatendida por uno de los Bloques cada cuatro años— la continuación de la Guerra Gorda, o Guerra de Guerras, por otros miedos. El Telón de Acero o la construcción del Socialismo en un Sólo País —procedimiento quizá objetivamente impuesto por los Cuerpos de Aduanas— viene, así, a constituirse en la consagración de una frontera subjetiva no menos mostruosa que la separación de los Continentes, tierras emergidas, obligados por la fuerza mayor de la deriva —centímetro a centímetro, año tras año— de su común pasado geológico. Una cuestión tan metodológica como relativa como es la rotación del planeta azul sobre su propio ego da lugar a abominables esquemas absolutos: Este y Oeste; Ateísmo y Fideísmo; Economía Dirigida y Economía Dirigida. Ya para entonces —último tercio del siglo XX, tercio de espadas— el paisaje, antañón natural, se había convertido en escenario (a todo esto, ampliado en doscientas millas por la fuerza de los guardacostas). Un escenario es el espacio de una representación, donde los linajes representan sus maniobras, figurada como comedia defensivo/ofensiva que los espectadores —miembros y membranas del mundo impedidos por la Frontera— viven como tragedia: en efecto, ingentes cantidades de mercancías se deterioran en los almacenes; multidinarios recursos humanos son dilapidados sin cesar. Los espectadores, esos sedentarios...

Pero en el interior de cada Bloque existe una raza de seres nómadas que se venían dedicando al contrabando, gentes cuya

alegría —la felicidad es la designación hipócrita de la desdicha ajena— consistía en la transgresión de los totalizadores códigos, en la ejecución de alijos expresamente prohibidos por los tratados del *statu quo*. En el interior de los bloqueos, y en los márgenes de las grandes concentraciones plenipenitenciarias era donde la mano de obra barata y de color reclamaba la distinción de sus propios pasaportes, mientras todos los *Gremlims* del mundo, escapándose de la Caja de Pandora, propagaban la adversidad de los Estados. Acaso, para que la Frontera devolviera a la Geografía Natural su pasado esplendor de paisaje, se haría preciso un movimiento contrario a la unificación, una infinita multiplicación de fronteras donde proliferaran las tribus y los individuos, ya desquitados de los linajes ociosos que escribieron la Comedia de la Historia.



Acerca del derecho a viajar

1.- El derecho a viajar no puede formar parte de esa clase de derechos que se proclaman en forma de Carta o de Decálogo a favor de ese Individuo Abstracto que es objeto de recuento estadístico: consumidor, Teleaudiencia, Turista, siempre disponible para su traslado dentro del edificio de cemento y acero del Estado. En la sociedad de la burocracia, no digamos el sitio, pero el tiempo asignado al individuo lo ocupa en su totalidad el Estado, inmóvil por definición, de suerte que cada viajero inmóvil apenas si llega a darse cuenta de que se le traslada, en lo que se llama el curso de su existencia, desde ese certificado de inscripción (se abre carpeta) a ese otro de clausura (se cierra carpeta), y por entre innumerables trámites. En la sociedad de la burocracia viajan los asuntos, se les da traslado con cualquier individuo intercambiable pegado al culo... de los asuntos.

2.- Se acabaron los viajeros que iban por el monte solos. En la sociedad de la burocracia se viaja, eufemismo de la movilidad laboral, con desayuno incluido, no por el tiempo libertad sino por el tiempo horario distribuido en tandas de ocho horas: un tercio para la producción, un tercio para el consumo de la producción en el que se incluyen los movimientos de aproximación y alejamiento al tercio anterior y un tercio de pernocta que incluye los llamados asuntos propios. Además está el turno de agosto, cuando el público traslada el tiempo vacío que ocupa reglamentariamente al

sitio donde se tumbará a la bartola según fue proclamado: *Yo haré que os multipliquéis como las arenas de la mar*. Ese «viajero inmóvil» es, en realidad, un portátil entre otros muchos portátiles, que se acomoda a los topónimos de temporada. Sobre todo, de temporada alta. No deje que le vendan un viaje.

3.- El derecho a viajar no es democrático. No puede serlo porque o es un privilegio o una imposición. El viajero colectivo cuando emprende un viaje lo hace con movimiento uniformemente acelerado hacia la solución final: levas, llamamiento a filas, temporada de la vendimia, importación de criadas filipinas, leyes de extranjería... Sólo un puñado de privilegiados viajan atraídos por el imán oculto de la aventura. Sólo un puñado de iniciados. El viaje sólo puede ejercerse como iniciación. El iniciado, a través de su acto, da curso a un relato irrepetible, a partir del nacimiento natural, que es un nacer inacabado, hacia ese segundo nacimiento que le deparará una tierra incógnita. Sólo el dolor o el gozo de ser extranjero, sea en la tierra que llamamos impropriamente tierra propia, sea en la tierra que es de nadie, son signos de ese segundo nacimiento.

4.- Carece de importancia el medio en el que se viaje. Medio y fin se confunden. El medio es el viaje. (Ver Jasón, Eneas, Ulises; ver a los pocos que viajaron para contarlo). No obstante, viajero, evita las retenciones monstruosas, las esperas interminables, la multitud de portátiles que nunca viajarán a ninguna parte. Evita a ese matrimonio venezolano, por ejemplo; evita a ese patriota que viaja con la valija de la patria a cuestas; apártate de la Torre de Pisa.

5.- Viajar es un privilegio irreductible a la estadística. La estadística excluye radicalmente al mito, el cuento por excelencia. Y el viajero, su fabulador. El viajero viaja para contarlo. Lo suyo es hermohear la incertidumbre del trayecto, con sus escalas técnicas, con sus descarrilamientos o naufragios, al regreso, donde le espera Penélope haciendo calceta. Este repatriado no para de contar. Cuenta y no acaba, mentiroso que dice la verdad, que hermohea las deficiencias hoteleras, las extrañas costumbres de los que fueron sus huéspedes, la rara plenitud de los encuentros, las agrídulces despedidas. En todo caso, el viajero necesita de un público crédulo, que dé pábulo a sus historias, dispuesto a creer todas las extravagancias que se le relaten. (Ver grandes mentiro-

sos, padres de la novela). A veces, el viajero encuentra, entre los prisioneros de la costumbre, a un oyente receptivo que hará, andando el tiempo, de su iniciativa, hermosas peripecias nuevas.

6.- O viajar es una imposición. Viaja el prófugo de la justicia; viajan los evadidos de la injusticia. La obligación de todo preso es viajar, escapar, y volver rico de aventura. Quedarse es acomodarse, integrarse en el hotel del público, en el camping de los excursionistas domingueros, ante el televisor, que es la muerte del viajero. A ver, por ejemplo, como se desplaza el papamóvil al pie mismo del aterrizaje. No viaje vicariamente. Huya, el viajero, a tiempo, antes de que el camello pase por el ojo del aduanero. O, de lo contrario, le será muy difícil alcanzar el reino de la imaginación; o dará por bueno el miserable viaje alrededor de su cuarto. Viaje, viaje el viajero (si se decide, lo que es su privilegio; o si se le impone, lo que es su obligación) no sólo por la geografía, que es lo aparente, sino por el tiempo de contarlo.

7.- Porque, o se viaja, en términos radicales, viaje iniciático, el objetivo de esa empresa no es otro que visitar la tierra de los muertos (ver Orfeo, Ulises, Jesús, entre otros) y volver para contarlo o no se viaja en absoluto, esto es, se permanece en la casa de los muertos del Estado, de los muertos que ocupan su tiempo vacío en el sitio sitiado (rodeados de instituciones sagradas, de símbolos que valen más que los hombres, esa estatutaria de los abuelos, la losa de la producción, el Estado).